

Blanca Gracia, unidad en los cambios

JOSÉ JIMÉNEZ

Se atribuye a Heráclito la fórmula pregnante «Todo fluye» (*pánta rei*), como expresión del movimiento incesante y metamórfico de todas las cosas. Un planteamiento que, junto a la idea subsiguiente de que «no puedes bañarte nunca dos veces en el mismo río», fue quizás fijado después por Platón y Aristóteles. Su pensamiento enigmático planteaba la unidad dialéctica de los contrarios. En Heráclito se afirmaba la unidad en la contradicción a través del cambio incesante, metamórfico, de todas las cosas. Lo estable, lo permanente, sería pues simplemente una ilusión.

Resulta imprescindible esta síntesis como introducción a esta muestra de Blanca Gracia (Madrid, 1989), cuyo título remite a Heráclito. «¿Cómo? –se preguntarán ustedes– ¿El arte actual invocando cuestionamientos abiertos en el tiempo lejano de la filosofía naciente?». Pues sí, y en una línea intensamente sugestiva desde un punto de vista específicamente artístico.

Unidad en la diversidad

Gracia centra su mirada en el proceso aceleradamente cambiante que vivimos hoy. Y lo hace estructurando una propuesta en la que las piezas, diferentes en soportes y tamaños, se articulan como unidad. Los objetos son «desobedientes» porque «lo que nos rodea se encuentra en un movimiento constante». Algo que tiene su expresión en «la fluidez de nuestro presente socio-político y el derretimiento de todas aquellas instituciones que considerábamos algo sólido e inamovible».

Las piezas, con sus diferencias, vibran en esa unidad. Se exponen 22 dibujos, un tríptico grande a la acuarela sobre papel, 9 acrílicos sobre lienzo que van creciendo en formato, y, a modo de síntesis, un vídeo en

el que un supuesto sabio ruso expone el proceso incesante de cambio de todas las cosas, en un discurso que se ilustra con las obras que vemos en la sala.

Lo decisivo es que así Gracia consigue expresar, desde una sensibilidad de hoy, el profundo desajuste que vivimos porque nada es estable. Algo que hay que poner en relación con la intensísima multiplicidad de imágenes, todas ellas cambiantes y fugaces, que nos asedian e impiden el flujo del conocimiento y la experiencia real de las cosas. Imágenes masivas, redundantes en las formas y a la vez cambiantes en aquello a lo que remiten. Como un velo, como una cortina icónica, que sólo nos deja consumir, pero que impide el distanciamiento de la visión. El que posibilita pensar, articular las preguntas acerca de lo que vemos. Y todo esto, con el flujo incesante en los soportes hacia un entorno digital es lo que permite experimentar Gracia con su propuesta: en el cambio incesante hay unidad. Muchos siglos después, unidad en la contradicción, como Heráclito planteó.

Debo decirles, que me causó bastante sorpresa el modo cómo se presenta esta muestra de tanto interés. En la sala no hay ni un solo rótulo con los títulos de las piezas. El texto de pared, que coincide con el que se recoge en el pequeño díptico editado, no está firmado, y no se sabe si la cita tiene comisario. No hay catálogo. No se da la más mínima información sobre la artista. Las exposiciones son para los públicos, y las instituciones que las producen tienen la obligación de transmitir todos los elementos que faciliten su alcance y comprensión.

Blanca Gracia *Pánta Rei* o los objetos desobedientes Centro de Arte de Alcobendas (Madrid). Hasta el 15 de octubre



Dibujo del vídeo «Los objetos desobedientes»

Lorraine O'Grady, blanco sobre negro

La de Lorraine O'Grady en el CAAC de Sevilla es una exposición con la que se recupera la fecunda carrera de una gran artista –mujer y negra– desarrollada parcialmente en la sombra

LAURA REVUELTA

Esta encara a Lorraine O'Grady. No porque resulte complicado su desarrollo, nudo y desenlace personal, sino porque presenta muchas caras y cada una de ellas da para un encuadre fotográfico bien distinto. Para varios capítulos de una misma novela, también podríamos decir. Fascina que a sus ochenta y tantos años se mueva cual Tina Turner en los escenarios: pisando fuerte, con su agitada y negra melena entreverada de canas como seña de identidad de una raza o de un color de piel que viaja hasta sus ancestros caribeños –lo de O'Grady viene de Irlanda– y se revuelve en las luchas raciales y reivindicativas de toda clase y condición *made in USA*, de los años setenta hasta nuestros días. A todo este quehacer callejero de *performance* cotidiana se suma el formar parte de esa lista de artistas mujeres (cada vez más numerosa), cuya valía ha saltado a la palestra tarde, muy tarde, a edad, más que madura, casi anciana. Recordemos a la cubana Carmen Herrera (ABC Cultural, 13 de febrero de 2016). El caso de Lorraine O'Grady está cortado por el mismo patrón.

Del Caribe a Boston

O'Grady nace en Boston en 1934 y vive toda la eclosión neoyorquina del Soho y sus agitaciones artísticas, musicales y políticas. Sin embargo, no llega al arte en esos momentos de juventud, sino con cuarenta años ya entrados. Antes, se licencia en Literatura Española y ejerce de crítica musical en revistas como *Rolling Stone* y *The Village Voice*. Por eso, no sorprende que en una de las series aquí expuestas (*The First and the Last of the Modernists*) se codeen Baudelaire y Michael Jackson. Astillas del mismo palo de la modernidad en ciclos cronológicos bien distin-

tos. Por mucho que cueste creerlo, ella lo demuestra en una colección de retratos en paralelo donde la ambigüedad sexual y estética de ambos casa a la perfección. «Charles y él encarnaron el mito moderno del artista que sufre hasta límites rayanos en el cliché, pero ambos eran mucho más que eso», argumenta.

En esta serie entra en liza otro personaje vital para Baudelaire y para O'Grady: Jeanne Duval, la que fuera compañera (pareja) del poeta y crítico de arte francés durante veinte años. De origen haitiano, mulata. O'Grady la considera su alter ego y la relaciona con su progenitora. «Lena (mi madre) tenía 80 años menos que Jeanne, pero el mundo que experimentaron como mujeres negras de piel clara que se trasladaron del Caribe a una metrópoli fue esencialmente el mismo». No hacen falta mayores detalles en este juego de identidades sobre el color de piel, la raza y los conflictos sociales, de reconocimiento propio y ajeno. La habilidad de Lorraine O'Grady reside en sacarlo a la luz con una sencillez o evidencia tan inteligente como poco pedante. Sin recurrir a discursos eruditos ni impostados, se monta una de sus mejores series. Una mujer práctica que ahuyenta ese *power* tan masculino como falta de sutileza.

Antes de llegar a esta brillante puesta en escena, Lorraine O'Grady tiene otras series no menos efectivas. La que le abre las puertas del arte –ella empieza a pensar que es a esto a lo que se quiere dedicar, ni a la música, ni a dar clases de Literatura...– se titula *Mlle Bourgeoise Noir Removes the Cape and Put on her Gloves*. La acción consiste en «colarse» en fiestas y eventos varios del *sta-*

blisment vestida con un traje confeccionado con guantes blancos. Corrían los años ochenta, y Nueva York era ese hervidero de variopintos y glamorosos festines. Luego, con el paso de los años, y en otros actos llevará uno de estos guantes como adorno y elemento testimonial. Un *work in progress* sobre el poder y las discriminaciones de género y raza.

Arte espontáneo

La idea salta a la calle cuando pone en marcha la acción *Art is... Tan sencillo como pasearse por los barrios negros y manifestaciones varias con un marco de cuadro dorado que deja en manos de gente anónima (niños, mujeres...)* para que sea esta la que se convierta en objeto artístico motu proprio. Una acción espontánea que

pone en entredicho la discriminación de los afroamericanos en el entorno y discurso del arte contemporáneo. Sencilla y brillante, de nuevo. Como los poemas que componen con recortes de *The New York Times* durante una larga estancia en el hospital y que en esta exposición sirven de hilo conductor por todas las salas, o la pieza *Nefertiti/Devoine Evangeline*, en la que retoma el modelo de comparar personajes bien distintos mediante retratos en blanco y negro. Aquí serán su hermana mayor (D. Evangeline) y Nefertiti. Mujeres en la Historia y en su historia que se preguntan por el origen y el poder.

Lorraine O'Grady *Aproximación inicial* CAAC. Sevilla. Avda. Américo Vespucio, 2. Comisarias: Berta Sichel y Barbara Krulik. <http://www.caac.es/>. Hasta el 15 de enero de 2017

O'GRADY FORMA PARTE DE LA LISTA DE ARTISTAS MUJERES CUYA VALÍA SALTA A LA PALESTRA TARDE, MUY TARDE

El mirar de las mujeres

Elena del Rivero se pone el hábito de comisaria para una colectiva en Travesía 4 sobre identidades

MIGUEL CERECEDA

Siempre he pensado que las exposiciones «de mujeres» son decepcionantes. Con el argumento de la discriminación positiva, de romper el llamado «techo de cristal» y de alcanzar una mayor visibilidad, se acostumbra por desgracia a presentar la obra de artistas aficionadas o directamente mediocres, en un batiburrillo que favorece poco la obra y la visibilidad real de esas creadoras.

Por suerte, en el caso de la exposición organizada por Elena del Rivero para Travesía 4, el criterio expositivo no ha sido en absoluto el del victimismo, ni tampoco específicamente el de la «visibilización», organizando una cita en torno a lo que María Lozano ha dado en llamar «el mirar de las mujeres».

Sería absurdo pretender «visibilizar» la obra de artistas enormes y ya consagradas como Esther Ferrer, la desaparecida Ángeles Marco o la mundialmente reconocida Kiki Smith. La propuesta de Del Rivero pasa más bien por lo que ella denomina «una reunión de amigas», que comparten criterios y opiniones en común, y que aprovechan para desarrollar un diálogo sobre la identidad, la sexualidad y su relación con las prácticas artísticas contemporáneas.

La propia Elena del Rivero, que es una extraordinaria artista, ha preferido incluso poner su propia obra en un segundo plano –a pesar de que, como creadora y como feminista, cuenta ya con una sólida y larga tradición–, acaso para permitirnos disfrutar de la calidad y el interés intrínseco de la pro-

puesta. De hecho, ha renunciado incluso a todo carácter programático o doctrinario, para permitir una mejor apreciación de la problemática que las piezas introducen.

Y ello, sin embargo, no le quita nada de efectividad a su apuesta. Por el contrario, la reflexión sobre la sexualidad, sobre la identidad y la mirada femenina se encuentra aquí presente, en un mensaje que se enriquece en la interferencia de unas obras con otras.

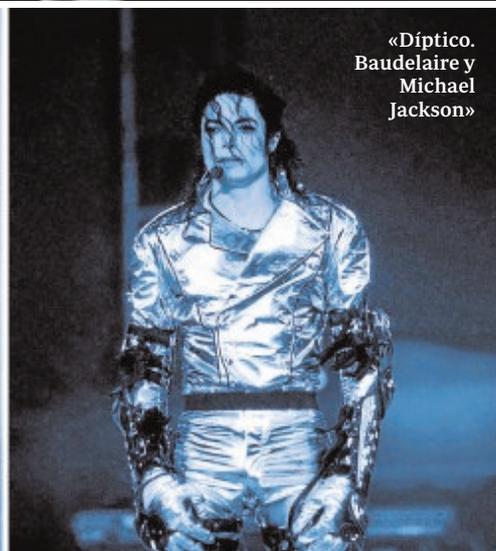
Vibrantes resonancias

¿Qué duda cabe, por ejemplo, de que los autorretratos de Esther Ferrer son una reiterada reflexión sobre el problema de la identidad personal y de la específica del propio artista? Pero, al situarlos en diálogo con obras escultóricas de Ángeles Marco o con los autorretratos de Janice Guy, adquieren una nueva resonancia. Resonancia que nos obliga a pensar también en su obra como una larga meditación sobre la identidad femenina. Buena parte de la misma se articula obviamente en torno a la idea del retrato y de la genitalidad. La propia galerista, Silvia Ortiz, se mostraba sorprendida con las numerosas vaginas que aparecen en la cita. Pero, aunque es evidente que –como quiere Simone de Beauvoir– la genitalidad no determina la sexualidad, también lo es, sin embargo, que, a partir de la genitalidad se asigna el primer rasgo de identidad, que es el de la diferencia sexual. Desde este punto de vista, incluso me parece un acierto la presencia de un varón, como John Coplans, en la exposición.

My Friends and Other Animals Colectiva Galería Travesía Cuatro. Madrid. C/ San Mateo, 16. Comisaria: Elena del Rivero. Hasta el 5 de noviembre



«Mlle Bourgeoise Noire Removes the Cape and Puts on her Gloves» (1980-83/2009)



«Díptico. Baudelaire y Michael Jackson»



Obra de Esther Ferrer y autorretrato de Janice Guy